

TEXTO:

Comenzaba la última semana de abril. Su Señoría, el Magistrado Juez del Tribunal Superior de Justicia don Francisco Javier Fernández-Arteaga y Campos, a pesar de ser lunes, se hallaba a sí mismo en un extraño estado de euforia y bienestar, que no sabía a qué o a quién atribuir. Por una parte, calculaba él, podría deberse a la primavera adolescente que estallaba irremediamente por todas partes. Por otro lado—pensaba— quizás fuera debido a que en la semana anterior el tribunal había dado -¡por fin!- sentencia y carpetazo final al complicadísimo, farragoso y difícil asunto de las Sociedades Anónimas Agro- Mercantiles Hispano-Lusas, que era un entramado de empresas fraudulentamente creadas e interpuestas para descapitalizarse unas a otras, ser vaciadas y arruinar a cientos de agricultores y ganaderos de ambos países. Las infinitas revueltas, recovecos y enrevesamientos del tema, se habían llevado por delante cientos de horas de su vida y le habían robado el sueño los últimos diez meses. También pudiera ser que su estado relajado y pacífico se debiera, y al pensarlo sonreía con cierta picardía, a que el viernes anterior había sido fiesta en la Comunidad, y... tres días de holganza absoluta le habían transformado en otro hombre. ¡En fin! semana nueva, temporada nueva, asunto nuevo. ¡Adelante, vamos allá!

Terminaba sus elucubraciones cuando entraron en el despacho, tras solicitar el permiso reglamentario, el ujier, Vicente, - con su característica cojera producto de las veleidades taurinas en su ya lejana juventud- y el oficial Benito, que, tras saludarle cortésmente, le dijo:

_ Aquí tiene usted el nuevo asunto que se le ha turnado, don Javier, “apelación de la defensa contra sentencia de la Audiencia por condena a prisión de la acusada del homicidio de su cónyuge”.

El juez apenas prestó atención a las palabras del oficial Benito y, con simpatía y complicidad se dirigió a Vicente,

_ Qué, Vicente, ayer tampoco ganamos. Empate raspado en los últimos minutos y... gracias, majo. ¿Todavía crees que vamos a ganar la liga?

_ Seguro que sí, don Javier. Los otros son peores que nosotros y solamente nos sacan cuatro o cinco puntos. No lo dude. ¡La liga es nuestra! ¡El Atleti es imbatible!

_ Menos mal, hombre, porque solo ganamos una liga cada veinte años. Si ahora todavía no nos toca, ya me dirás tú cuando va a ser. ¡En fin! Y, acariciando los legajos y expedientes que habían depositado los dos hombres en la mesita adjunta a la suya, añadió: ¡venga que voy a liarme ahora mismo con este nuevo “mihura”.

Abrió el enorme legajo con una especie de sonrisa en el rostro paladeando la ciega fe de Vicente en su equipo y leyó el encabezamiento. En el acto, cuerpo y espíritu, todo su ser, quedó rígido, envarado e inmóvil como si la descarga eléctrica de un rayo le hubiera alcanzado de lleno. Permaneció largo tiempo inerte y espantado. Cuando pudo reaccionar volvió a fijar la vista en el mismo lugar, y...ya no tuvo dudas. El nombre de la apelante “contra sentencia condenatoria de diez años de prisión por homicidio sobre su cónyuge, impuesta por tribunal inferior, alegando para ello legítima defensa...”, era, para él, un nombre único, irrepetible, no había otro igual: María Luisa Arellano Durán. Sí. Marisa...su Marisa.

Levantó la vista de los papeles tratando de relajar su ansiedad y mientras sus ojos, sin ver absolutamente nada, ascendían con lentitud hacia su horizonte en el despacho, subyugados y cegados por el vivísimo punto de luz la gran ventana central, su mente volvió instantáneamente treinta y cinco años atrás y le obsequió de forma nítida con las imágenes de sus últimos años de vida colegial y sus inicios universitarios. Se veía con su grupo de perpetuos, inseparables e incondicionales amigos: Alfonso, Luis María, Benjamín, Marianito, Paco... patrullando una y mil veces la calle Mayor en apacibles anocheceres tras la salida del colegio de los curas. Aquel grupo de muchachos estupendos que no fueron ni perpetuos, -Luis María había muerto diez años atrás y Benjamín estaba “aparcado” en una residencia de ancianos en un pueblo de la costa levantina sobre una silla de ruedas, en estado vegetativo, por culpa de un ictus que solo le dejó un hálito de vida esperando que ésta, la vida, se apagara y... tal vez fuera ése ¡quién sabe! su deseo más ferviente -; ni fueron inseparables, (Paco emigrado a Uruguay, aunque lo exacto y lo correcto sería decir “huido” a Uruguay sin posibilidad de regreso); ni tampoco fueron incondicionales: Alfonso, el colega y admirado Alfonso enfrentado a muerte con él, con Javier, desde hacía casi treinta años por los amores de una muchacha que no fue para ninguno de los dos.

Y, se veía a sí mismo y al resto del grupo, incansables todos, calle Mayor arriba y abajo con entrada a la Plaza, vuelta, revuelta y salida en atardecidas dulces, que se le antojaban ahora en un tono azul-cobalto, oscuro y suave, plenas de despreocupación, de risas, de ruido y de caos y siguiendo y persiguiendo a otros grupos de cabecitas quinceañeras -tan alocadas como las suyas- , con trenzas y melenitas doradas que a las mismas horas habían abandonado los colegios monjiles y que ingresaban, presurosas, en el mismo circuito que ellos para ser el cebo de los perseguidores. Todo ello complacía sobremanera a unos y a otras.

Javier, ensimismado, recordaba perfectamente -y eso era motivo de su asombro por el número de años transcurridos- , el diseño, composición y colores de los uniformes femeninos de los colegios de las distintas monjas: esclavas, salesianas, ursulinas, jesuitinas, teresianas, josefinas.... Desde vestidos tableados azul marino, que apenas marcaban un poco la cintura de las niñas, a las faldas escocesas con vuelo, de cuadros verdes en dos tonos diferentes cortados por finas líneas rojas y camisa blanca o tal vez vestidos plisados grises con blusas de un gris muy claro, etc.etc. Y, naturalmente, todos ellos rematados con zapatos de piso de goma, negros o marrones, de la marca “gorila”, calcetines de lana hasta la rodilla y con variopintas “rebecas” combinando con el resto de las prendas. Estas “rebecas” eran chaquetillas tejidas en lana con botonadura hasta el cuello, muy de moda entonces y en años anteriores, gracias al cine y sobre todo al genial Alfred Hitchcock y a su deliciosa actriz-estrella Joan Fontaine que pusieron la rebeca en el escaparate del mundo -la pantalla cinematográfica- en la película de título “Rebecca”. El último complemento y detalle distintivo y coqueto solía ser un femenino lazo que se anudaba descuidadamente en el cuello de la camisa, en el pecho, en la cintura o en la espalda de las muchachas.

En el grupo al que Javier y su tropa perseguían constantemente iba siempre Marisa, alma y capitana de un ramillete de adolescentes revoltosas. La chica gustaba a todos,- lo cual era natural-, por su hermosura, su espontánea naturalidad, su simpatía, sus buenos modales y por su sonrisa clara sin doblez ni afectación. Pero enseguida se notó que ella solo tenía ojos y oídos para Javier, aquel chico tan mayor - ¡madre mía, dos añazos mayor que ella! -, que decía que quería ser abogado y director de cine. El tiempo y el contacto asiduo hicieron su trabajo y su función y “aquello” a final de curso había cristalizado en un “primer amor” para ambos. Un primer amor claro, límpido, desinteresado aunque posesivo, inocente, dolorosa y

agobiantemente tierno y feliz... (con sus correspondientes dosis, claro está, de cursilería, empalago, ñoñería cuasi infantil... porque de esas cosas no puede librarse nadie que esté en esa tesitura), y, como tal, aparentemente eterno y sin medida; pero, cual gigante con pies de barro difícil de mantener enhiesto ante los fuertes embates del futuro, que si por definición es incierto, muchas veces se podría decir que es, además, malévolo y pantanoso.

Pero, ¡oh cielos! Al chivato de Carlitos, primo pequeño de Marisa, que acudía al mismo colegio que Javier y sus “secuaces”, se le escapó la historia en una merienda de cumpleaños en junio en casa de sus tíos, y el padre de Marisa el “temible” comandante Arellano, (hombre ejemplar y excelente militar, por cierto), consideró que aquellos “amoríos” eran un sinsentido temprano que a su juicio podrían perjudicar a su hija y decidió acabarlos de forma inmediata antes de que el arraigo fuera más fuerte, en aquellos días en que el verano empujaba por entrar. Para llevar adelante sus planes, el comandante se alió con una ocasión fortuita que se acababa de presentar: llegó un ascenso en su carrera militar y el consiguiente traslado en septiembre a su nuevo destino: Zaragoza. “¡A mil kilómetros!” había suspirado entre llantos Marisa. Sin esperar a su propia mudanza, en menos de una semana Marisa estaba “empaquetada” para su marcha - hasta que comenzara en nuevo curso-, con sus primos y su tía Julia, hermana del comandante, a Santa Cruz de Tenerife. “¡Hala, hala, a cinco mil kilómetros!” había dicho la muchacha llorando con desesperación.

La verdad es que el comandante y su esposa consiguieron con la separación, el olvido. Ese fue el resultado final. No inmediato porque mediaron docenas de cartas - se escribían diariamente los enamorados-, todas ellas sencillas pero apasionadas y llenas de lágrimas, lamentos y juramentos de amor por siempre; pero el paso sin pausa del tiempo fue cambiando después las cosas. Nueva vida, nueva ciudad y nuevas gentes para ella; comienzo de un nuevo sistema de vida y de ambiente en la Universidad para él, comienzo de nuevas responsabilidades, comienzo de su asentamiento y maduración como hombre, etc.

Años más tarde, después de breves y fugaces romances, Javier conoció a Sonsoles y, tras algunas dudas al respecto, al final se casaron y criaron tres hijos. No volvió a saber de Marisa de manera directa. Pero unos años después, su brillantísimo compañero de doctorado madrileño Juanjo Ayúcar, que era un alto cargo del Ministerio de Justicia, le contó que había coincidido en una recepción oficial con el ya entonces general Arellano, adjunto a una Dirección General de las Fuerzas Armadas, y, allí surgió su nombre:

— ¡Ah! Sí hombre, Javier Fernández-Arteaga, lo conocí bien en un destino mío anterior, un tipo magnífico y excelente jurista según me han dicho. Por entonces llegó a tener un idilio con mi hija Marisa, ya sabe usted, cosas de esas de chavalillos adolescentes que no duran nada, y, a veces lo comentamos mi mujer y yo y decimos: “Javier hubiera sido un yerno estupendo, un gran padre para nuestra nieta”, porque sabe usted, Ayúcar, mi hija se casó con un ganadero rico, con dehesas en Badajoz y todo, pero...no hace mucho caso a Marisa ni a la niña, ni trabaja, ni nada. Solo hace su vida y lo demás no le importa mucho.

Juanjo añadió:” el general no me dijo más y yo no me atreví a preguntar, pero mientras soltaba una gran bocanada de humo de su cigarrillo, quedó en suspenso y con tristeza me miró largamente. Luego se fue a charlar a otro corrillo. Lo vi meridianamente claro, sufre por su hija y te añora como el yerno que pudo haber sido y no fue. Dalo por cierto, Javier, te lo aseguro.”

Y, ahora, más de dos años después de que se consumara la tragedia de la muerte de su marido, Marisa encarcelada y la decisión sobre su futuro, sobre su destino y el resto de su vida

atormentada, (no tenía ninguna duda de que sería un tormento noche y de día para ella), estaba en sus manos. Se veía, al contrario que un rato antes, destrozado y en un estado mental desordenado e indescriptible. Parecía que el suelo se había hundido y su persona había descendido a velocidad de vértigo hacia el abismo; y a la misma velocidad había surgido en su recuerdo, de nuevo, la piedad, la misericordia, la ternura y el infinito amor que siempre tuvo por Marisa y que creía haber olvidado y sin embargo estaba latente y escondido en un inadvertido rincón de sus entrañas.

El cambio de vida del juez en las semanas siguientes fue inmenso. Adelgazó y encaneció. Perdió el sueño, el apetito, la paz y el sosiego. Todo el mundo lo advirtió y, la que más y con encendida aprensión lo vio, fue su mujer. No había horas suficientes en el día y en la noche para recluirse en su despacho del Tribunal o en el de su casa y estudiar el expediente de la apelación. Cientos y cientos de folios que casi se aprendió de memoria: pruebas, atestados, testimonios, declaraciones, infinidad de informes periciales, fotografías, confesión, miró con lupa desde la primera a la última palabra de la larguísima y razonada sentencia,... todo. Docenas y docenas de horas viendo jurisprudencia al respecto, buscando posibles atenuantes que hubieran pasado inadvertidos a la defensa o al juez, leyes y derecho comparado, defectos de forma procesal, en fin, algo medianamente sólido que pudiera ser capaz de acortar la pena, ser bálsamo y alivio de la condenada, y, claro, ser su propio alivio.

Pero su amplísimo y minucioso estudio del caso –aún admitiendo su subjetividad ahora sobrevenida y amorosamente aceptada-, siempre le llevaba a la misma conclusión: todo estaba luminosamente claro, el proceso era correcto y modélico y la sentencia, por tanto, adecuada y justa. Marisa, sin lugar a dudas se había encontrado perdida, machacada, agredida, humillada, hundida, engañada y hasta enloquecida por aquel cobarde y vil sujeto borracho, putero, drogadicto, soberbio, perverso y desquiciado. Una noche él aparece en la gran escalera de mármol de su señorial casa, borracho y en unión de unas furcias y le grita como un demente que se vaya de casa porque está de sobra allí. Ella, saca del armero el rifle Browning, calibre 30/06; que él mismo le había regalado, con sus letras M.A. de nácar en la culata, para que le acompañara en las –para ella odiosas- cacerías de jabalíes, venados, cabras montesas, etc. y que para él acababan normalmente en cacerías de marquesas y criadas, y le había disparado a bocajarro en el pecho después de cargar pausadamente un proyectil en la recámara. Homicidio público y claro con escasa aplicación del atenuante de miedo invencible a favor de la acusada.

El juez, se reveló y hasta mantuvo una larga y titánica lucha dentro de sí entre lo que dictaba su roto corazón y lo que demandaban sus saberes, su deber y su dignidad. Por fin, se rindió ante lo inevitable. Apelando a su conciencia y a su ineludible obligación de juzgar serena y fielmente con arreglo a ley, durante una semana compuso un claro y completo informe proponiendo lo único que se podía proponer al tribunal del que era ponente: la desestimación de la apelación y la confirmación de la condena. Cuando acabó y firmó con pulso tembloroso, en un cálido anochecer de finales de julio, las lágrimas que ahogaban sus ojos cayeron sobre su escritorio y empaparon los últimos folios escritos con su firma.

En aquel momento llegó a musitar: “¡Virgen Santísima, qué pena! Con gusto hubiera dado la mitad de mi vida por no haber conocido nunca a esa muchacha”. Recordó entonces aquello que había escrito casi doscientos años antes Víctor Hugo: “Ser bueno es fácil; lo difícil es ser justo.”

Y, calladamente, sollozó.